

16

100

EDICIONES
BISTAGNE

50
CTS

RAMON NOVARRO

BIOGRAFIA - ANECDOTAS - REVELACIONES
POSTAL - CANCIONES DE "SEVILLA DE MIS AMORES"

BIOGRAFÍA Y ANÉCDOTAS

del famoso artista
de
Metro-Goldwyn-Mayer

**R A M O N
NOVARRO**



EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléf. 18551
BARCELONA

Prohibida la
reproducción

RAMON NOVARRO

Por qué se hace un interviú

A veces la interviú se hace porque surge la ocasión momentáneamente. Otras porque la perseguimos con tenacidad.

La visita a Ramón Novarro está en el caso último. Ramón Novarro es un artista de fama mundial que con Valentino antes y ahora con Gilbert y Chevalier comparte la hegemonía en la larga lista de galanes cinematográficos.

En todos los cinematógrafos del mundo, cuando se proyecta una película de Ramón Novarro hay buen número de ojos femeninos fijos en la pantalla, con un interés que no es sólo el artístico.

Esto lo sabe Ramón, mejor dicho, lo saben los directores de los estudios. Por eso le veréis aparecer casi siempre en la pantalla exhibiendo sus

bíceps, sus múltiples habilidades deportivas y su figura libre de todo impedimento.

No achaquéis a Novarro afición al nudismo porque le hayáis visto en "El Pagano de Tahití" y en otras producciones. Pensad que no es él el que elige sus papeles, y con los papeles sus trajes. Son los empresarios, los directores de película, los hombres que saben que la audaz muchacha moderna no quiere de tapujos y engaños, y que así como ella muestra en las playas y en el ejercicio de los deportes las bellezas con que la naturaleza la ha obsequiado, quiere conocer en toda su verdad la belleza masculina.

Bien mirado, ¿no representaban los griegos desnudos el prototipo de la belleza varonil? ¿Vamos a pretender superar a aquella época en facultades de apreciación estética?

Pero dejémonos de rememoraciones históricas y volvamos al terreno firme.

Decíamos que Novarro, por su arte, por su juventud, por su energía, y por su arrogancia, es uno de los galanes predilectos de las muchachas que van al cine con más deseos de soñar que de gustar las sutiles emociones del arte.

Nosotros—a Dios gracias—no estamos fuertes en lo que se refiere a bellezas masculinas, pero estamos bien documentados, porque nos gusta hablar con las muchachas aficionadas al cine, y sabemos que Ramón Novarro podría muy bien llevarse el primer premio en un certamen de belleza mundial.



Ramón Novarro, en "Un cierto muchacho"

Además, Ramón Novarro es un gran artista (¿Quién puede dudarlo después de haberlo visto en "Ben-Hur"? y esto es lo que nos interesa a nosotros.

El advenimiento del cine sonoro, que tantos disgustos ha costado a artistas de fama, ha sido para Ramón Novarro un escalón más en su carrera de triunfos, porque da la casualidad de que Ramón Novarro, además de ser un gran artista del gesto, lo es de la palabra, y porque, por si esto fuera poco, posee una bonita voz y un gesto para cantar, que muchos tenores quisieran para sí.

Nosotros estábamos convencidos de que Ramón Novarro era un artista de pies a cabeza desde antes de que interpretara Ben-Hur, de modo que Ben-Hur no hizo sino confirmarnos una idea sobre la que no abrigábamos ninguna duda.

Y, por si esto era poco, vino después aquella colosal interpretación de "Juventud de Príncipe", de "Ícaros" y de tantas otras películas que han servido a Novarro para demostrar que es un artista de cuerpo entero.

Es nuestra opinión que no se le ha hecho justicia al presentárenos como actor que habla y que canta. Escojamos cualquiera película hablada suya, "Monsieur Sans-Gêne", por ejemplo. ¿Se puede pedir una comunión más perfecta del gesto y de la palabra?

Ramón sigue siendo el gran artista del cine mudo y, además, un gran actor del cine hablado.

Ramón no vacila un instante, no se equivoca

nunca. Las palabras brotan de sus labios con la fluidez de una catarata espumosa y cantarina. Imposible dar una expresión más justa, una vivacidad más sentida y sincera a las palabras.

Cantando, no vamos a pretender que Ramón sea un Caruso, ni siquiera un Hipólito, pero es sin duda un tenor de voz dulce y de gusto extraordinario para interpretar sus ligeras y gratas canciones. Es uno de esos artistas líricos que, cuando cantan, no hay más remedio que escucharles.

Por todo esto nosotros al pensar en entrevistar a artistas de cine, pusimos el nombre de Novarro en la primera fila en nuestro cuaderno de apuntes, junto al de Chevalier, al de Greta y al de otros artistas contra los que se irá disparando sucesivamente el rifle de nuestra pluma.

Pero el hombre propone

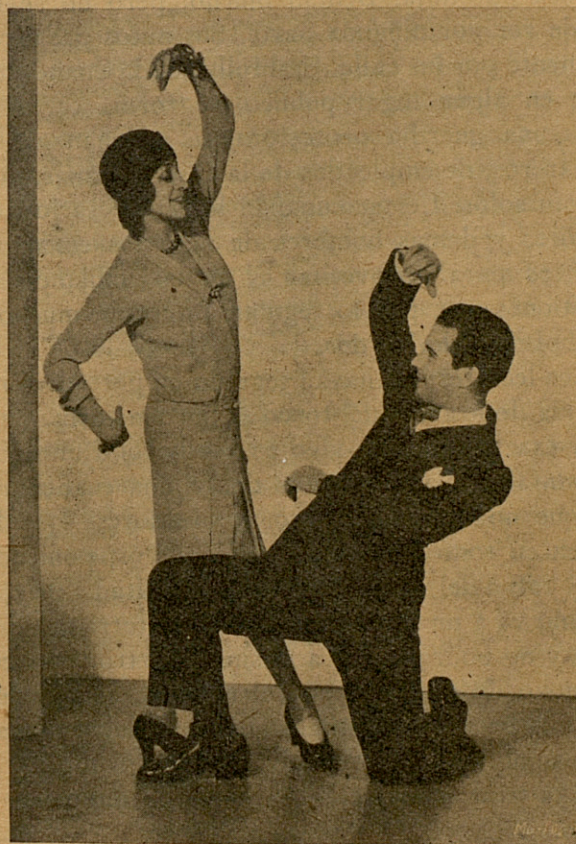
Los lectores saben muy bien, porque lo han leído en diversos periódicos y porque nosotros mismos lo hemos repetido varias veces, que en esto de las entrevistas el propósito está muy lejos de la realización.

Y si el entrevistado ha de ser un artista de cine, la distancia entre el proyecto y la realidad aumenta considerablemente porque "las estrellas" andan siempre muy ocupadas, son piezas de esa máquina colosal que se llama Hollywood y que no deja de funcionar un momento.

Y si el artista de cine tiene la categoría de Chevalier, de Charlot, de Greta Garbo, de Novarro, la dificultad aumenta de tal modo, que hace falta ser un héroe para vencerla.

Nosotros vamos a hacer una confesión un poco humillante para un reportero. Nosotros hemos estado en Hollywood con el propósito de recoger, de fuentes directas, una serie de biografías de artistas de cine y no hemos conseguido hablar más que con dos artistas, que cómo serán de famosos que no recordamos su nombre.

Greta, Gilbert, Shearer, Janet Gaynor... Esas



*Ramón Novarro, con la famosa danzarina
La Argentina*

estrellas y otras de la misma magnitud ofrecen una curiosa paradoja. Brillan mucho, pero no se las puede ver por ninguna parte. Sus autos pasan velozmente por las calles de Hollywood. Cuando entran en algún lugar público, se forma cerca de ellos una guardia protectora de ordenanzas, de camareros, de empleados de la casa. Además, nunca van solos. Les acompañan los empresarios, directores y demás hombres de negocios cinematográficos para aprovechar el paseo hablando de cuestiones que, por lo regular, interesan mucho a los bolsillos de los dos.

Los lectores que hayan seguido un poco de cerca la vida de los ases del toreo se pueden formar una idea exacta de cómo vive en Hollywood un as de la pantalla. También ellos tienen una cuadrilla— aunque no de banderilleros y picadores—que les rodea en todo momento, escudándolos, poniéndolos a salvo del entusiasmo de la multitud.

Uno ve a un torero sentado en la terraza de un café y no podrá llegar a él sin antes tropezar con el mozo de estoques, con el peón de confianza y con una barrera de íntimos que no le dejan ni a sol ni a sombra y que están dispuestos a romperse la cabeza con cualquiera que trate de molestar al ídolo.

Pues bien, algo semejante ocurre con los astros de la pantalla en América, corregido y aumentado, dado el carácter universal que tiene el cinematógrafo.

Además, hay que tener en cuenta que los artistas

de cine, o son americanos o están americanizados y que, aparte algún astro nuevo, no aclimatado todavía a aquel ambiente, y algún soñador empedernido o neurótico, todos son, al mismo tiempo que artistas de cine, hombres de negocios.

El amor al arte no acapara su corazón y deja en él un lugarcito para el amor a los dólares. Y, para demostrarlo, citaremos el caso de Bebé Daniels, propietaria de numerosas casas en Hollywood y que, con todo su desenfado de muchacha atlética y deportiva, le pone a uno los muebles en la calle si no paga el alquiler con la debida puntualidad.

Y el caso de Noah Beery, el malo por excelencia de la pantalla, que tiene en los alrededores de Hollywood una quinta de recreo y de deportes, donde los amantes de la alegría y del bullicio encuentran todo lo necesario para levantar el ánimo, siempre y cuando lleven el bolsillo repleto de dólares.

Y Betty Compson, que de los *studios* va a un restaurante aristocrático y un poco nocturno que posee en un punto estratégico de la capital del cine, donde actúa como estrella de variedades y sobre cuya caja y contabilidad ejerce una estrecha vigilancia.

El mismo Charlot es dueño de uno de los principales cafés de Hollywood, y muy pocos ignoran la afición de John Gilbert a llenar la bolsa con negocios de Bolsa.

Todo esto permite deducir lo atareados que de-

ben andar los ídolos hollywoodenses y lo difícil que resulta obtener de ellos una conversación.

El reportero en Hollywood se convierte en una especie de Sherlock Holmes, que espía, sigue pistas y prepara emboscadas, fracasando en el noventa y nueve por ciento de los casos.

Nosotros aprendimos bastante de aquellos héroes y llegamos incluso a usar disfraces absurdos para llegar al lado de los astros sin infundir sospechas. Pero ¿qué sucedía entonces? Teníamos que descubrir nuestra verdadera personalidad y el artista, al verse engañado, nos disparaba un par de miradas que eran un par de tiros y nos dejaban con la palabra en la boca.

Si esto fuera una novela y no una información referiríamos las aventuras de que fuimos protagonistas al intentar hacer una interviú a Ramón Novarro.

Pero tememos dos cosas: una, apartarnos más de lo que nos hemos apartado ya del objeto de este libro; otra, que el lector, ante lo peliulesco de los hechos, dude de nuestra veracidad.

Únicamente diremos, pues, que mientras permanecemos en Hollywood, y a pesar del empeño que pusimos en ello, no conseguimos que Ramón Novarro se aviniera a cruzar con nosotros ni siquiera los buenos días.



Ramón Novarro sentado al piano en su hogar de California

La Diosa Casualidad o la suerte de un reportero

Nos hallábamos en Nueva York, esperando el día de nuestro regreso a Europa, después de una serie de desalentadores fracasos, e íbamos un día por carretera en un descoyuntado Ford de alquiler, cuando se oyó en el motor un ruido extraño y el vehículo se detuvo.

Bajó el mecánico, descubrió el motor y, después de examinarlo con detenimiento, se rascó la cabeza, signo infalible de que no sabía qué demonios había ocurrido allí.

Bajé y me rasqué también la cabeza, aunque no entiendo una jota de automóviles.

La situación era como para rascarse no sólo la cabeza sino todo el cuerpo, desde la nuca hasta los talones. Cincuenta kilómetros nos separaban de Nueva York y la noche se nos venía encima.

Jamás me ha parecido un crepúsculo menos poético. Las nubes de color de rosa, el sol de color de oro eran para el estado de mi espíritu dos manchurrónes sin ninguna belleza.

—¿Qué?—pregunté.

—Una pana—contestó.

—Pero...

—No sé, no sé.

Este diálogo, breve pero definitivo, fué para mí tan triste como un largo discurso que relatara los horrores de la guerra.

No quiero decir lo que entonces pensé de aquel chofer que se sentía incapaz de salir del atolladero y que me amenazaba con pasar la noche entre las hierbas del campo, cosa que, como los crepúsculos, es muy bella cuando se mira desde el cuarto del hotel, pero que tiene maldita la gracia cuando se ha de afrontar realmente.

Pero, de pronto, aparece en el recodo de la carretera un magnífico automóvil azul. Los dos le dirigimos una mirada llena de esperanza. El automóvil, potente y regio, frena suavemente al llegar a nuestro lado, y una cara de aspecto bonachón—la cara del chofer—se asoma para preguntar en un inglés detestable:

—¿Qué sucede?

Yo le respondo, haciéndole la competencia en pronunciar mal el idioma de Shakespeare:

—¡Oh, si lo supiéramos!

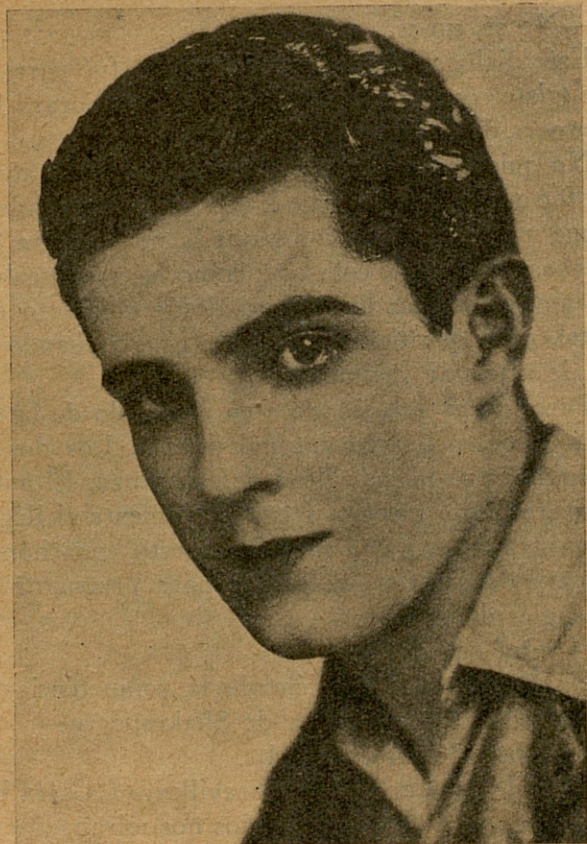
Y entonces ocurre algo maravilloso. La cara bonachona sonríe, los alegres ojos nos miran.

—Usted es español—dice el buen hombre en el idioma de Cervantes.

—Y usted también—le contesto en castellano.

El chofer parece alegrarse mucho.

—¿Adónde va usted?



Ramón Novarro en el año 1923

—Regresaba a Nueva York cuando ha ocurrido la avería.

—Entonces suba usted. Yo voy hacia allí.

Abre la portezuela del baquet, subo, nos estrechamos la mano alegremente, y el magnífico automóvil reanuda la marcha, dejando al Ford y a su chofer en medio de la carretera, sumidos en la angustia y en la desesperanza.

Para lo que puede servir un chofer

No paró ahí nuestra suerte.

Mientras el soberbio automóvil, con suavidad magnífica, devoraba kilómetros y kilómetros, el chofer y yo conversábamos amistosamente.

Me preguntó cómo me llamaba, dónde iba, cuándo pensaba regresar a nuestro querido país.

Yo le contesté a todo con una amabilidad que era miel pura y le pregunté por preguntarle algo:

—¿Adónde va usted ahora?

La respuesta fué:

—A recoger a don Ramón que está en este momento dando una audición de radio.

—¿Don Ramón es el dueño de este coche?

—Sí. Es don Ramón Samaniego.

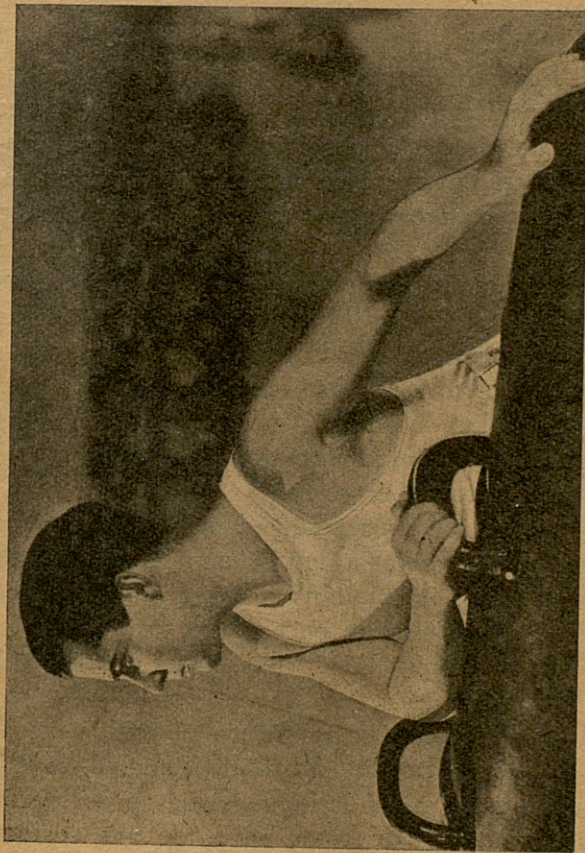
—No tengo el honor de conocerle.

—¡Vaya si le conoce usted!

Le miré con extrañeza.

—Samaniego sólo conozco uno, el de las fábulas, y ese descansa en paz desde hace mucho tiempo.

El chofer sonrió como un hombre que está seguro de su triunfo y pronunció estas palabras asombrosas:



Ramón Novarro ejecutando sus acostumbrados ejercicios físicos matinales

—Bien se ve que no sabe usted que don Ramón Samaniego es el verdadero nombre de Ramón Novarro.

—¡¡¡Eh???

—Lo que usted oye.

Comprenderán ustedes nuestra emoción. Meses enteros detrás de la quimera de llegar hasta Ramón Novarro y ahora, de pronto, inopinadamente, nos encontrábamos en su automóvil y yendo en su busca.

Nos arrojamos en brazos del chofer aun a trueque de que el abrazo le pudiera obligar a desviar el volante y nos costara la vida.

—Usted es mi salvador—le dije.

—¿Salvador de qué?

Le explicamos el asunto brevemente.

El chofer torció el gesto.

—Lo que usted pretende es muy difícil. Si yo me permitiera hablar a don Ramón de su deseo de entrevistarle, nos mandaría a paseo a los dos, por meterme en camisa de once varas.

—¡Qué lástima! Tener que perder esta magnífica oportunidad.

El chofer quedó un momento pensativo

—Lo que sí puedo hacer—dijo al fin—es que se quede usted a mi lado unos días y así podrá adquirir detalles de cómo vive, de sus costumbres, de su carácter. ¿Acaso eso no le interesa?

—¡Pero si es eso lo que quiero saber! ¿Cree usted que su proyecto es realmente practicable?

—Sí. Yo soy el jefe del garage de don Ramón.

El me deja hacer y deshacer sin pedirme cuentas de nada. Puedo decir que es usted un nuevo mecánico al que estoy sometiendo a examen.

—¡Estupenda idea!

—Pero, para eso, va usted demasiado bien vestido. Arrugue un poco el sombrero para que parezca más viejo, quítese la corbata y no adopte actitudes demasiado elegantes.

Hice todo lo que me decía y el automóvil entró en las calles de los rascacielos, ante uno de los cuales el chofer frenó.

Empezan las preguntas

—¿Está aquí la estación de radio?

—Sí, en el último piso.

—¿Y dice usted que Ramón Novarro está dando un concierto?

—Va dando conciertos por todas las grandes ciudades que encontramos en el camino.

—No sabía que tenía esa especialidad.

—No es que se dedique a dar conciertos. El tiene mucha afición al canto, y como le comprometen...

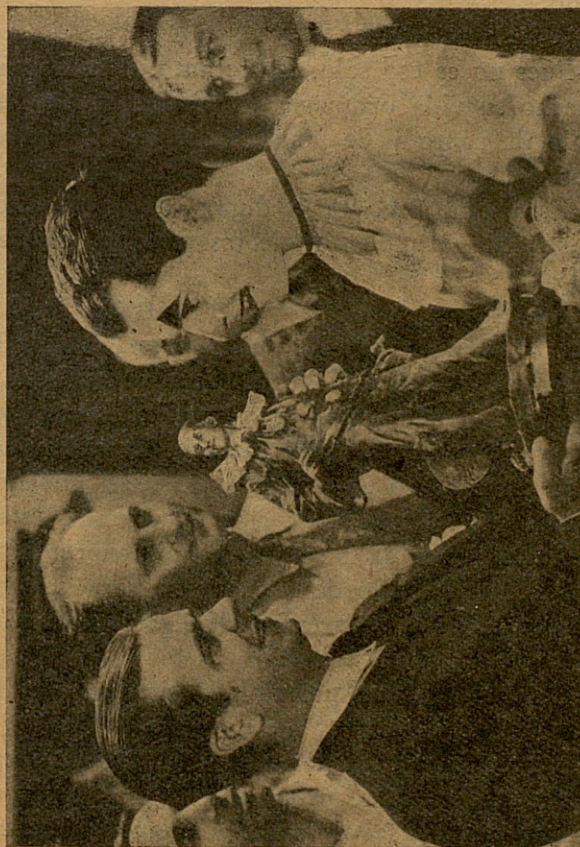
—Creí que continuaba en Hollywood.

—Ha salido de allí para pasar sus vacaciones.

—¡Claro! Todo el mundo tiene derecho a descansar.

El chofer soltó una carcajada.

—¡Descansar! Creo que don Ramón trabaja ahora más que cuando hace películas. Es una ardilla. No puede permanecer inactivo un solo minuto. Cuando no tiene compromisos se los inventa. Desde que salimos de Hollywood ha asistido a cinco banquetes, cuatro bailes, tres funciones de teatro en honor suyo; ha recibido más de cincuenta visitas, ha dado media docena de conciertos y



Ramón Novarro recibe de sus compañeros de los estudios de la M-G-M un valioso regalo, por su éxito cantando "Payasos" en "Sevilla de mis amores"

hemos visitado todo lo que es digno de verse en las poblaciones que hemos ido encontrando en el camino.

—¡Qué atrocidad!

—Pues no es eso sólo. Entretanto, don Ramón ha hecho su vida ordinaria. Ejercicios matinales, estudio de canto y de piano, preparación de películas.

—Es asombroso. Pero dígame: ¿acaso hace él mismo los argumentos de las películas en que trabaja?

—No. Es sencillamente que el contrato que tiene con la casa productora obliga a ésta a dejarle leer anticipadamente el libro que sirve de guía a la filmación de las películas en que él ha de tomar parte y don Ramón tiene derecho a hacer pequeños cambios en sus escenas. A veces no hace ninguno, pero otras, entre él y el director dejan la película que ni su mismo autor la conoce. Este trabajo suele hacerlo de noche y no sería la primera vez que le ha sorprendido la claridad del alba absorto en su difícil labor.

—Eso quiere decir que no lleva una vida ordenada.

—Perfectamente ordenada, casi matemáticamente metódica. Este orden sólo se rompe cuando como ahora está de viaje y alguna que otra vez, cuando se le da a leer una película que no encaja bien a su temperamento. Entonces se enfrasca en su labor, se olvida de que las horas pasan y se encuentra de pronto con que el sol entra

por las rendijas de las ventanas. ¿Y qué cree usted que hace entonces?

—Acostarse a descansar.

—Pues no, señor. Entonces se hace la cuenta de que acaba de levantarse y empieza sus ejercicios matinales y continúa haciendo el trabajo normal de la jornada. Se va al *studio*, come en el restaurante con algún amigo al que no puede desairar, hace visitas imprescindibles, asiste a los estrenos de películas, interpretadas por él o por algún colega que es al mismo tiempo amigo íntimo.

—Veo que la entrevistó va saliendo sin que nos demos cuenta. ¿Tardará todavía don Ramón?

—Seguramente. Yo, cuando me cita, llego siempre un cuarto de hora antes, por si acaso.

—Entonces, haga el favor de darme algunos datos de su biografía que usted sin duda conocerá. Por ejemplo: ¿Qué edad tiene?

—Pues ha empezado usted por la única pregunta que no puedo contestar. La edad de don Ramón es un jeroglífico. Usted habrá observado que cuando se habla de él en los periódicos y aluden a sus años, cada uno da una cifra distinta. ¿A qué se debe? Pues a que nadie sabe los años que tiene don Ramón. Su edad debe de ser un secreto muy importante tanto para él como para la casa a la que pertenece, pues cada vez dan una cifra diferente, lo que demuestra que no quieren dar la verdadera.

—Desde luego, es muy joven...

—Mucho. Años atrás tanta juventud llegó a

perjudicarlo, pues no podía desempeñar ciertos papeles. Su cara de niño no se ajustaba al tipo a pesar de la caracterización, en que Novarro es maestro.

—Bueno, dejemos el asunto de la edad. ¿Dónde nació?

—Le referiré a grandes rasgos su biografía. Es de Durango (Méjico). Sus padres estaban en buena posición. No estaban de acuerdo los esposos en la carrera que debían dar a su hijo, pues mientras su padre, hombre práctico, quería hacer de él un cirujano dentista, su madre quería que estudiara canto, para lo cual demostraba el pequeño Ramón admirables aptitudes. El estaba del lado de su madre, pues tenía una verdadera pasión por la música. A todo esto el futuro astro estudiaba en un buen colegio y demostraba tan poca aplicación como exceso de inteligencia hasta el punto de que a pesar de lo poco que estudiaba, era el primero en casi todas las clases. Cuando llegó el momento de decidir definitivamente sobre el porvenir del muchacho, sobrevino una verdadera batalla en la que, como casi siempre acontece en estos casos, triunfó la madre, de modo que Ramón comenzó inmediatamente a tomar lecciones de canto. Cuando ya era casi un maestro en este arte aunque no había logrado demostrarlo públicamente, nació en él la afición al cine y se marchó a los Angeles, con el ánimo de intentar el ingreso en el ambiente cinematográfico. Pero ya sabe usted lo difícil que esto es y a Ramón



Ramón Novarro en "El pagano de Tahiti"

se le terminaron sus ahorros mucho antes de que encontrara empleo en una compañía de cine. Entonces tuvo que recurrir a dar lecciones de música y a formar parte de un grupo de bailarines profesionales que se exhibían en restaurantes nocturnos. Por fin encontró la oportunidad de llegar a los escenarios cinematográficos e inmediatamente encontraron en él las inmejorables dotes artísticas que poco después habían de brillar en las pantallas de todos los cines del mundo. Cuando se preparaba la filmación de "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis" se le probó para el papel de protagonista y aunque su trabajo dejó a todos muy satisfechos no pudo desempeñar el papel a causa de su extrema juventud. Pero muy pronto se le presentó la segunda oportunidad con "El prisionero de Zenda" y desde entonces es el gran artista que hoy conocemos.

—¿Y cómo fué el cambiar su apellido por el de Novarro?

—Fué cosa de Rex Ingram, el famoso director, al que lo de Samaniego parecía un nombre absurdo.

—Aparte la música y los deportes ¿qué otras aficiones tiene?

—La lectura. La lectura constituye para él una verdadera pasión.

—Pero ¿puede tener tiempo para leer?

—¡Vaya si lo tiene! Dedicar a la lectura todas las veladas en que no tiene que estudiar películas, que son la mayoría de ellas.

En este momento se le ocurrió al chofer mirar hacia la puerta de la casa por si aparecía "don Ramón" y ahogó una exclamación de espanto que fué inmediatamente repetida por mí.

Allí, parado junto al automóvil, estaba Ramón Novarro.

—Sigan, sigan ustedes—dijo en español—. Es muy interesante lo que están hablando.

El chofer estaba con la boca tan abierta como si fuera a llevarse a ella un cucharón. En cuanto a mí, puedo asegurar que no había quedado más allá de cinco gramos de sangre en mis venas.

¿Qué iba a suceder? ¿Despediría al chofer y me arrojaría a mí del auto con cajas destempladas?

No, no ocurrió nada de eso. Lo que ocurrió, ¡ah, gran Novarro!, no lo podré olvidar en la vida.

Exigió una explicación y cuando se la di con voz no muy segura, él se echó a reír y contestó:

—Son ustedes el mismo demonio. Baje usted de ahí.

Bajé.

Abrió la portezuela y añadió:

—Suba usted.

Debí de poner una cara muy estúpida.

—¿No pretendía usted hacerme una interviú? Pues suba usted y hágamela.

Hablando con Ramón Novarro

No muy larga la conversación ni me dijo muchas cosas nuevas, pero me bastó estar unos minutos al lado de aquel hombre famoso, escuchar su voz, poderle examinar con detenimiento para sentirme henchido de satisfacción.

Llevaba un traje oscuro, serio en el color y en la forma, impropio de quien, como él, parecía un muchacho.

Entonces recordamos que Ramón gozaba fama de austero, de hombre sereno y fuerte que no se dejaba dominar por ningún vicio ni tentación.

En efecto, aquella figura respiraba formalidad. Incluso cuando sonreía, resultaba austero aquel joven de mirada firme, de ademanes resueltos.

Pero no vaya a creerse por eso que sufría su simpatía. No, antes al contrario, aquella austeridad le prestaba un encanto más a su carácter y a su figura, llena de atractivos.

—Pero ¿qué hace usted que no pregunta?—inquirió de súbito, sacándonos de nuestra abstracción.

Y entonces se nos ofreció un problema que no teníamos previsto. ¿Qué le íbamos a preguntar



Ramón Novarro en "Icaros"

a aquel hombre si lo principal ya nos lo había dicho el chofer? Una pregunta teníamos, sí, y muy importante, pero esa queríamos guardarla para el final.

Al azar, dijimos:

—¿Ama usted su trabajo?

—Le profeso verdadero amor. No es abnegación. Es simplemente que yo no podría vivir sin trabajar. Estar sin hacer nada, sin emplear alguna de las energías que la naturaleza, generosamente, nos ha dado, me parece una estupidez.

—¿Prefiere usted el cine mudo al sonoro?

—De ningún modo. El cine sonoro ha sido para mí como la realización de un sueño imposible. Imagínese que mi alma estaba dividida entre dos grandes aficiones: el canto y la pantalla. Lo mismo hubiera actuado en un teatro de cantante, que en una película. Pero al trabajar en el cine sentía la nostalgia del canto y al cantar sentía la nostalgia de la cámara. ¿Cómo unir en uno sólo estos dos grandes amores? Sólo una posibilidad había: la de que el cine mudo dejara de ser mudo y hablara y cantara. Y he aquí que el milagro se ha realizado.

—Sé, señor Novarro, que estudia usted los libros de sus películas antes de comenzar a filmarse. Me gustaría saber algo más. Me gustaría saber cómo realiza usted ese trabajo.

—Primeramente leo el argumento, escena por escena y así tengo una opinión independiente acerca del valor de la película. Después veo si el papel

que en el film se me ha destinado cuadra realmente a mis facultades. Los directores saben muy bien hacer los repartos, pero comprenderá usted que nadie puede conocer sus posibilidades y su temperamento como uno mismo. Al mismo tiempo que voy leyendo procuro meterme en el personaje y sucede a veces que no lo consigo. Entonces no cabe duda de que el personaje ha hecho un "extraño", como dicen en su país cuando un toro hace de pronto algún movimiento que está fuera de lo previsto. Estudio la posibilidad de suprimir o de substituir ese "extraño", y, una vez hallada la solución, la anoto. Después, de acuerdo con el director, corregimos.

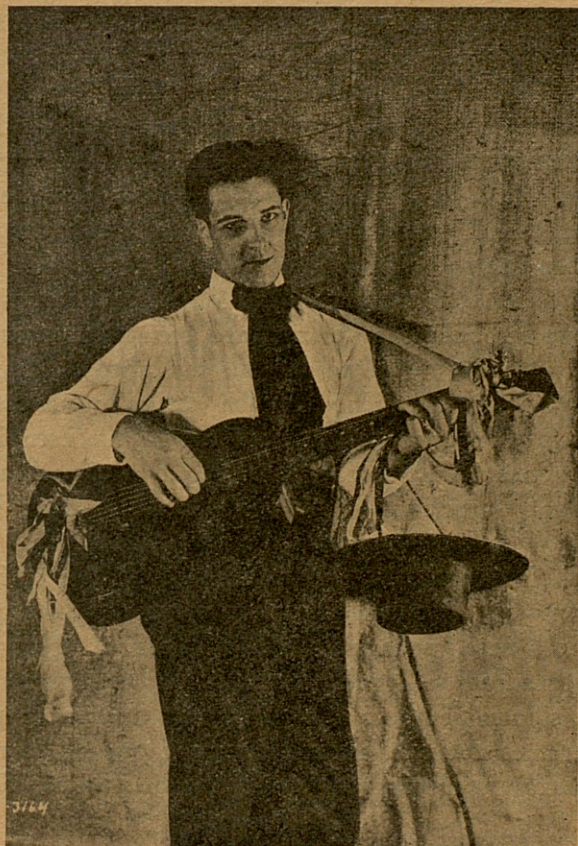
—¿Le suele costar mucho trabajo aprender sus papeles?

—Según. A veces es cuestión de unos días. Otras, necesito meses.

—¿Meses?

—Ya lo creo. ¿Cómo podría haber desempeñado mi papel en "Ícaros" sin antes aprender a volar? ¡Volar!... Nunca olvidaré las emociones de aquel duro aprendizaje. Lo primero que hice fué remontarme al lado de un experto piloto. Para tranquilidad mía—o para intranquilidad, pues aquel objeto me recordaba constantemente que podía caer—, habían ceñido a mi cintura un pesado paracaídas. El piloto no lo llevaba puesto sino que lo tenía al lado. Un aviador experto tiene serenidad suficiente para coger y colocarse el paracaídas como es debido en caso de avería, pero el

que no está acostumbrado y se encuentra en uno de esos trances no podría ni siquiera rascarse la nariz aunque supiera que sólo con eso había de salvarse... Vi como el piloto manejaba la palanca de mando, escuché sus explicaciones y luego comencé a manejarla yo, pero conservando el mando el piloto. Algo así como si a usted le dejaran manejar el volante de un automóvil conservando un experto chofer el mando de los frenos, del acelerador, de los cambios de marcha. Después se dotó al aeroplano de un dispositivo especial que me permitiría estar solo en el puesto de mando, pues el piloto, instalado en la cabina, podría corregir cualquier movimiento falso que hiciera yo. Elevado el aparato a una altura de unos mil metros, el piloto me ordenó por teléfono que dirigiera al avión en línea recta. Moví levemente los timones laterales y me pareció que el mundo entero se levantaba de un lado. Aterrado, moví el timón hacia el lado contrario y entonces fué peor aun pues el mundo, en vez de recobrar su posición normal, se inclinó del otro lado con tanto ímpetu que creí iba a aplastarme. Entonces oí la voz del piloto que me decía por teléfono: "No tema. Esos movimientos bruscos no significan ningún peligro. Verá usted." Y, diciendo esto, maniobró rápidamente los timones y el aeroplano dió un salto mortal en el aire. Sentí como si el estómago subiera por mi cuerpo hasta atragantarse en mi garganta y quise decir al piloto que estaba convencido de que tenía razón y que no necesitaba recurrir a demos-



*La guitarra que luce Ramón es muy bonita...
pero a nuestras lectoras les interesará más, sin
duda, el guitarrista, ¿no?*

traciones prácticas. Pero antes de que pudiera hacerlo, el avión dió un doble salto mortal y, acto seguido, comenzó a hacer una serie de alarmantes cabriolas que me hicieron pensar había llegado el fin de mis días. Cuando recibí esta horrible lección, llevaba ya varios meses de estudio. Sin embargo, aun no sabía lo suficiente para que se me permitiera volar solo. El alumno de aviación no consigue volar sin compañía hasta que tiene el sentido de la orientación tan desarrollado como los pájaros y mueve las palancas del aparato con tanta seguridad como mueve el pájaro sus miembros. Y aunque yo, como he dicho, llevaba varios meses estudiando y practicando, hubiera tenido que estudiar y practicar mucho más para llegar a eso. Acaso hubiera continuado—pues no me gusta dejar las cosas a medias—pero los elementos dirigentes de la Metro juzgaron—y yo comprendí que tenían razón—que lo que sabía era ya suficiente para que pudiera desempeñar mi papel en “Ícaros”. Pero no importa aquí si llegué o no a ser un perfecto aviador, sino el tiempo que necesité para aparentar que lo era, es decir, el tiempo que tuve que dedicar a preparar la interpretación de uno de mis papeles.

La pregunta más interesante

—Convencido, señor Novarro, de que la labor de un artista de cine es a veces muy dura. Y, ahora, la última y más importante pregunta. ¿Está usted enamorado o lo ha estado alguna vez? ¿Qué opina usted del amor? ¿Qué piensa del matrimonio?

—Eso no es una pregunta, eso es un cuestionario completo. Vayamos por partes. No estoy enamorado. ¿Lo he estado alguna vez? A eso hay que contestar más despacio. Voy a confiarle a usted un secreto que todavía no he comunicado a nadie. Me ha cogido usted en uno de esos momentos de beligerancia en que las personas se sienten inclinadas a hacer el bien y quiero que se lleve un buen recuerdo de mí a Europa.

—Se lo agradeceré mientras viva, señor Novarro.

—No he llegado nunca a estar completamente enamorado, pero una vez me sentí al borde del abismo. Y entonces me di cuenta de lo formidable que era ese sentimiento del que mi alma no tenía la menor noción ni sospecha y de lo que para mi vida y para mi carrera habría significado el enamo-

rame. Muy hermoso me pareció ese sentimiento, pero, al mismo tiempo, me atemorizó. Hubiera absorbido sin duda todas mis aficiones, todos mis anhelos artísticos, toda la libertad espiritual que juzgaba imprescindible para luchar con eficacia por el triunfo. Tuve valor suficiente para retirarme y, desde entonces, ni he sentido ni he estado en peligro de sentir un nuevo amor. Adoro a la mujer porque adoro a la belleza, y porque llevo dentro de mí esa fuerza misteriosa que nos empuja al sexo contrario. Por eso paso largas horas con ellas, mariposeando, gustando la miel, pero cuidando de no quedar prendido a ella, pues esa miel, al mismo tiempo que miel es liga.

—Sin embargo, ¿quién le dice a usted que una vez no se embriagará a causa de las libaciones y cuando venga a darse cuenta estará ya prendido a la liga?

—Cierto. No ignoro que existe ese peligro, pero rehuirlo hasta el extremo de suprimir el trato con la mujer, me parece una humillante cobardía, impropia de quien, como yo, estoy muy orgulloso de mi condición de hombre.

—Entonces admite usted que un día pueden fracasar los propósitos que ahora tiene de permanecer soltero.

—¡Qué duda cabe!

—Y entonces...

—Y entonces es lo más probable que vaya hacia el altar, del brazo de mi prometida, contento y orgulloso de mi derrota.

—No tengo más remedio que hacerle otra pregunta. ¿Piensa usted visitar España?

—Si no lo he hecho ya más que de paso, es porque en mi vida, como usted sabe, no hay un minuto libre, pero ver España constituye uno de mis sueños más preciados.

—Magnífico. Y ¿qué le parece a usted la mujer española?

—Soy un ferviente entusiasta de las bellezas morenas de su país.

Dimos por terminada la interviú y nos despedimos, con vivas palabras de gratitud, del generoso y gran Novarro y de su simpático chofer.

El astro nos había hecho tres importantes confesiones: admitía la posibilidad de casarse, deseaba visitar nuestro país y adoraba a la mujer española. ¿Para qué queríamos saber más?



Esto, innegablemente, es un rompecabezas, pero muy simpático, ¿no?

Algo más... o la Diosa Casualidad es nuestra aliada

Poco después de hecha la anterior interviú llegó a nuestras manos una serie de datos que nos apresuramos a copiar, para mayor ilustración del lector.

Además de que hemos logrado averiguar que Ramón Samaniego (Ramón Novarro en la pantalla) nació el día 6 de febrero de 1899, y en viernes, por más señas, sabemos que mientras "Sevilla de mis amores" empieza a recorrer en triunfo todos los países de abolengo español—a la vez que en francés y en inglés por el resto del mundo—ya ha empezado a filmarse "Daybreak", deliciosa opereta que muy pronto será adaptada al castellano también, para lucimiento, como en la antes mencionada película, del gran Ramón Novarro, tan insuperable actor como director.

Así contribuye el famoso artista mejicano al enaltecimiento del cine en lengua hispana. Y obsérvese una interesante circunstancia: la primera obra española, de asunto español y personajes españoles, hablada en nuestro idioma... está escrita

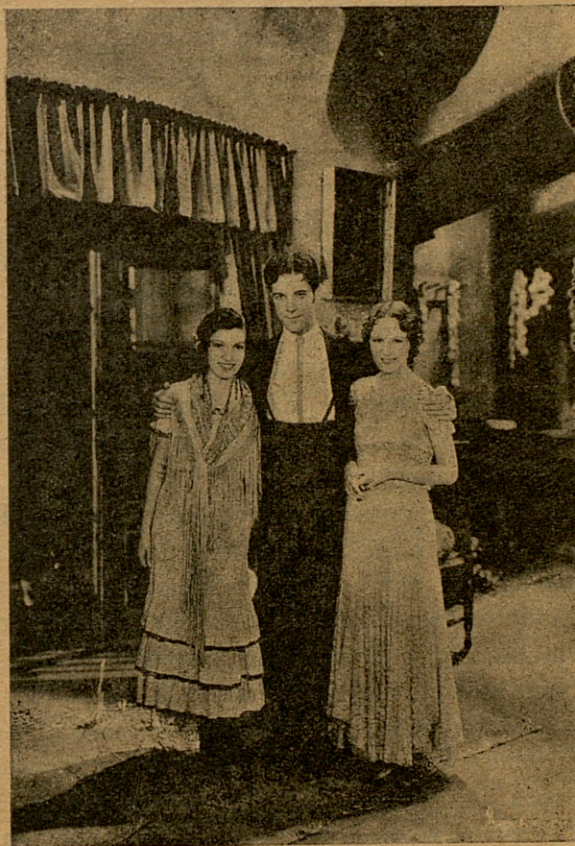
en andaluz. Pero su autor no es andaluz, ni español siquiera.

"Sevilla de mis amores" es un espontáneo homenaje de simpatía a España, y lo rinde un mejicano: Ramón Novarro. El popular artista tiene dos hermanas, monjas en un convento de Madrid. Su espíritu, así, tan mejicano, es también español.

Por amor a España, que apenas conoce, ha hecho esta obra. Mejor dicho, la ha rehecho, pues hecha estaba ya por un norteamericano que, como suele ocurrir entre los escritores extranjeros, derrochó fantasía e ignorancia al ofrecer a su público una pintoresca producción que él supuso de la más pura índole española. Y Novarro, con el más noble deseo, quiso rectificar sus errores, brindándonos una versión digna y plausible.

Comenzó Novarro por encargar un nuevo libro, y encomendó la delicada tarea a otro mejicano prestigioso: a su tío, el muy culto profesor Ramón Guerrero, redactor literario de la sección española de "Los Angeles Times", otro enamorado de España, donde estuvo varias veces aunque nunca vivió largo tiempo en ella. Guerrero, gran admirador de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, cuyas obras se sabe casi de memoria, hizo un bello diálogo andaluz, en el que, naturalmente, se advierte la influencia de aquéllos. Pero su labor fué honrada y tanto las notas cómicas como las sentimentales están medidas por una ejemplar discreción.

Así nació esta "Sevilla de mis amores" cuyo



Ramón Novarro, con las protagonistas de la versión inglesa y española, respectivamente, de "Sevilla de mis amores"

solo título es ya una muestra del efusivo tributo ofrendado a esa tierra de ensueño y maravilla. Lástima que tal tierra no se pudiera improvisar en el Estudio californiano. Unicamente se la evoca.

Novarro dirigió personalmente la película, teniendo como asesor y director del diálogo al escritor chileno Carlos Borcosque, que puso en la obra su mayor entusiasmo y todo el buen gusto de que siempre hiciera gala con su pluma.

Para representar "Sevilla de mis amores", se eligió a los mejores artistas españoles disponibles: Conchita Montenegro, Juana Alcañiz, Rosita Ballesteros, María Calvo, José Soriano Viosca y Martín Garralaga.

Como doble nota simpática, la madre de Ramón Novarro y una de las hermanas de éste, hicieron en esta obra su debut cinematográfico, encarnando, respectivamente, a la Madre Superiora y a la Hermana Tornera del convento en que se suponen algunas escenas de aquélla.

El protagonista, por supuesto, lo hace el propio Ramón Novarro, que canta y baila en andaluz, toca las castañuelas, se cala el sombrero ancho, se envuelve en la pañosa y habla en sevillano típico con bastante más gracia y mejor acento que la vasca Conchita Montenegro, la gallega Rosita Ballesteros y el catalán Martín Garralaga. Que si no todos los hispanoamericanos hablan a nuestro gusto el español, tampoco todos los españo-

les, por el simple hecho de ser españoles, pueden hablar bien el andaluz.

Lo principal es que en esta obra hay emoción y hay poesía. ¿Que en el desarrollo del argumento, en algunos detalles de la indumentaria de los personajes, y hasta en varias frases del diálogo se pueden observar ciertos descuidos?... ¡No importa! La obra fué escrita e interpretada con la mejor intención. Y esto es lo que nos interesa.

Dos españoles que hiciesen una obra mejicana no estarían seguramente más acertados que estos dos mejicanos—Novarro y Guerrero—al ofrecer a España este homenaje con su "Sevilla de mis amores".

Y esto es lo que España debe tener en cuenta...

DON CINEMA

CANCIONES DE RAMÓN NOVARRO
EN «SEVILLA DE MIS AMORES»

SÓLO POR HOY

*Sal al día que muere fugaz,
Goza con viva pasión;
Prueba todo amor,
Baila, es la ocasión.
¿Quién bailará mañana?*

*Sal a la luz que muere fugaz.
Olvida que habrás, que habrás de pagar.
Quienquiera que seas, lograrás amor;
Recuerda, la luz es fugaz.*

AÑORANZA

*Siempre canté como el ave
Y a la luz viví
Pero en mi sueño yo te buscaba
Con loco frenesí.*

*Cuando mis labios cantaban
Y bailaban mis pies,
Mis ojos tu faz buscaban
Con anhelo y avidéz.*

*Ya estás aquí
Se acabó mi soledad
Y mi sueño convertí
En divina realidad.*

F I N

Se ha puesto a la venta con gran éxito, en las selectas

Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
la interesantísima novela

Sevilla de mis amores

por

Ramón Novarro y Conchita Montenegro

Formidable asunto hablado y cantado en español.

Bellas canciones por RAMÓN NOVARRO

Letra de las mismas

Precio de la novela completa: 1 peseta

Esta semana:

A petición de numerosos lectores:

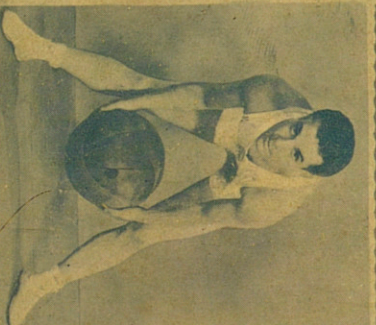
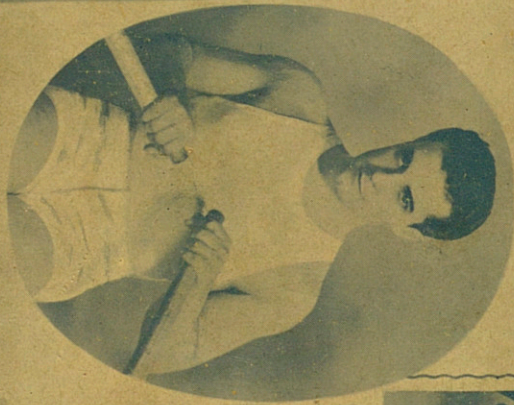
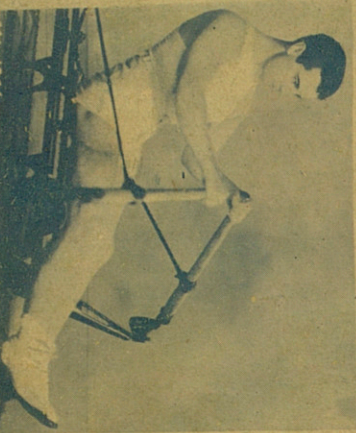
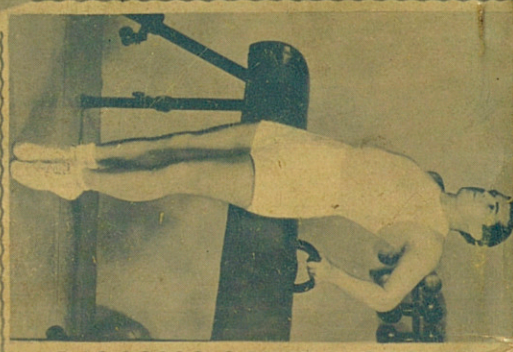
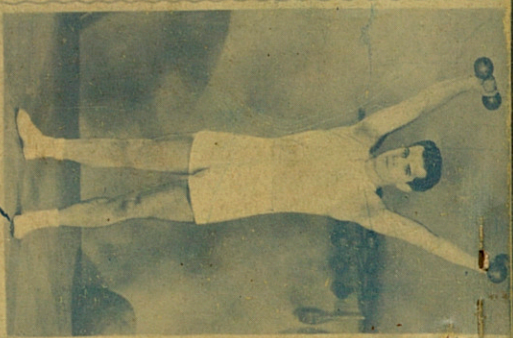
BEN-HUR

(VIII ediciones)

por **Ramón Novarro**

Magnífica presentación

[Precio excepcional: 1 peseta



175-1355